

## Frente a las intimidaciones islamistas, ¿qué debe hacer el mundo libre?

Robert Redeker

Robert Redeker es un profesor de filosofía francés (autor de diversos libros, entre los cuales *Il faut tenter de vivre*, Seuil, 2007, miembro del consejo de redacción de *Les Temps Modernes*, investigador del CNRS), que tras publicar este artículo en el diario *Le Figaro*, el 19 de septiembre de 2006, fue objeto de amenazas de muerte procedentes de integristas islámicos que le obligaron a pasar a la clandestinidad. Actualmente se encuentra bajo protección policial.

Las reacciones suscitadas por el análisis de Benedicto XVI sobre el Islam y la violencia se inscriben en el intento llevado a cabo por este Islam de sofocar lo que Occidente tiene de más valioso y que no existe en ningún país musulmán: la libertad de pensar y de expresarse.

El Islam trata de imponer a Europa sus reglas: apertura de las piscinas a determinadas horas exclusivamente para mujeres, prohibición de caricaturizar esa religión, exigencia de un trato dietético especial de los niños musulmanes en los comedores escolares, lucha para llevar el velo en la escuela, acusación de islamofobia contra los espíritus libres.

¿Cómo explicar la prohibición del tanga en las playas fluviales de París este verano? El argumento invocado fue extraño: riesgo de «perturbaciones en el orden público». ¿Significaba esto que bandas de jóvenes frustrados corrían el riesgo de convertirse en violentos ante la ostentación de la belleza? ¿O más bien se temían manifestaciones islamistas, a través de las brigadas de la virtud, en las inmediaciones de las playas de París?

Sin embargo, la no prohibición de llevar el velo en la calle es, por el hecho de la reprobación que suscita este apoyo a la opresión contra las mujeres, más apropiado para «perturbar el orden público» que el tanga. No está fuera de lugar pensar que esta prohibición expresa una islamización de los espíritus en Francia, una sumisión más o menos consciente a los dictados del Islam. O, por lo menos, que proviene de la insidiosa presión musulmana sobre los espíritus. Islamización de los espíritus: incluso los mismos que se alzaban contra la inauguración de una plaza Juan Pablo II en París no se oponen a la construcción de mezquitas. El Islam trata de obligar a Europa a plegarse a su visión del hombre.

Como tiempo atrás con el comunismo, Occidente vuelve a encontrarse bajo vigilancia ideológica. El Islam se presenta, a imagen del difunto comunismo, como una alternativa al mundo occidental. A semejanza del comunismo de antaño, el Islam, para conquistar los espíritus, toca una cuerda sensible. Se jacta de una legitimidad que perturba la conciencia occidental, atenta al otro: ser la voz de los pobres del planeta. ¡Ayer, la voz de los pobres pretendía venir de Moscú, hoy vendría de La Meca! Hoy, de nuevo, unos intelectuales encarnan este ojo del Corán, como encarnaban el ojo de Moscú ayer. Excomulgan por islamofobia, como ayer por anticomunismo.

En la apertura al otro, propia de Occidente, se manifiesta una secularización del cristianismo, cuyo fondo se resume así: el otro debe pasar siempre por delante de mí. El Occidental, heredero del cristianismo, es el ser que pone su alma al descubierto. Corre el riesgo de pasar por débil. Igual que el comunismo de otros tiempos, el Islam considera la generosidad, la apertura de espíritu, la tolerancia, la amabilidad, la libertad de la mujer y de las costumbres, los valores democráticos, como signos de decadencia.

Son debilidades que quiere explotar por medio de los «tontos útiles», las buenas conciencias empapadas de buenos sentimientos, a fin de imponer el orden coránico al propio mundo occidental.

El Corán es un libro de inaudita violencia. Maxime Rodinson enuncia en la *Encyclopedia Universalis*, algunas verdades tan importantes como tabúes en Francia. Por una parte, «Mahoma reveló en Medina unas cualidades insospechadas de dirigente político y de jefe militar... Recurrió a la guerra privada, institución corriente en Arabia... Mahoma envió pronto a pequeños grupos de sus partidarios a atacar las caravanas de La Meca, castigando así a sus incrédulos compatriotas y al mismo tiempo adquiriendo un rico botín».



Por otra parte, «Mahoma se aprovechó de este éxito para eliminar de Medina, haciéndola masacrar, la última tribu judía que quedaba, los Qurayza, a los que acusaba de un comportamiento sospechoso». Finalmente, «después de la muerte de Jadija, se casó con una viuda, mujer muy de su casa, Savda, y también con la pequeña Aisha, que apenas tenía una decena de años. Sus inclinaciones eróticas, durante largo tiempo contenidas, hicieron que contrajera simultáneamente una decena de matrimonios».

Exaltación de la violencia: jefe de guerra despiadada, saqueador, asesino de judíos y polígamo, así se revela Mahoma a través del Corán.

Ciertamente, la Iglesia católica no está exenta de reproches. Su historia está llena de páginas negras, de las que se ha arrepentido. La Inquisición, la caza de brujas, la ejecución de los filósofos Bruno y Vanini, esos malpensantes epicúreos, la del caballero de La Barre en pleno siglo XVIII por impiedad no hablan precisamente en su favor. Pero aparece lo que diferencia al cristianismo del Islam: siempre es posible retornar a los valores evangélicos, a la dulce persona de Jesús contra los desvíos de la Iglesia.

Ninguna de las faltas de la Iglesia hunde sus raíces en el Evangelio. Jesús es no-violento. La vuelta a Jesús es un recurso contra los excesos de la institución eclesial. Por el contrario, el recurso a Mahoma refuerza el odio y la violencia. Jesús es un maestro del amor, Mahoma un maestro del odio.

La lapidación de Satán cada año en La Meca no es solo un fenómeno supersticioso. No sitúa solamente en escena a una muchedumbre histérica flirteando con la barbarie. Su alcance es antropológico. Efectivamente, he aquí un rito al que cada musulmán es invitado a someterse, inscribiendo la violencia como un deber sagrado en el corazón del creyente.

Esta lapidación, a la que acompaña anualmente la muerte por aplastamiento de algunos fieles, a veces de muchos centenares, es un ritual que alimenta la violencia arcaica.

En vez de eliminar esta violencia arcaica a imitación del judaísmo y del cristianismo, neutralizándola (el judaísmo comienza por el rechazo del sacrificio humano, es decir, por la entrada en la civilización, el cristianismo transforma el sacrificio en eucaristía), el Islam le proporciona un nido, en cuyo calor crecerá. Mientras que el judaísmo y el cristianismo son religiones cuyos ritos conjuran la violencia, la deslegitiman, el Islam es una religión que, incluso en su texto sagrado, tanto como algunos de sus ritos habituales, exalta la violencia y el odio.

Odio y violencia habitan el libro en el que todo musulmán es educado, el Corán. Como en los tiempos de la Guerra Fría, violencia e intimidación son los caminos utilizados por una ideología con vocación hegemónica, el Islam, para poner su precinto de plomo sobre el mundo. Benedicto XVI sufre su cruel experiencia. Como en aquellos tiempos, hay que llamar al Occidente «el mundo libre» en relación con un mundo musulmán, y como en aquellos tiempos los adversarios de ese «mundo libre», funcionarios celosos de la mirada del Islam, pululan en su seno ■

□ Traducción de Rafael Tomás